
Santidad seráfica y suma perfección: un criterio teresiano para la reflexión teológica

Seraphic Holiness and Supreme Perfection: A Teresian Criterion for Theological Reflection

RECIBIDO: 22 DE OCTUBRE DE 2014 / ACEPTADO: 20 DE ENERO DE 2015

Javier SESÉ

Facultad de Teología. Universidad de Navarra
Pamplona. España
jsese@unav.es

Resumen: Partiendo de un comentario de santa Teresita del Niño Jesús sobre santa Teresa de Jesús, se analizan algunos textos teresianos en los que se insiste en que la perfección cristiana no consiste en lo extraordinario (lo «seráfico»), sin dejar de ser verdadera y «suma» santidad; y se muestra como esa idea es decisiva, no sólo en la práctica de la vida espiritual, sino también para un correcto estudio teológico de la enseñanza de santa Teresa, incluso cuando describe y analiza esos mismos fenómenos místicos extraordinarios.

Palabras clave: Santa Teresa de Jesús, Santidad, Perfección, Mística.

Abstract: Starting from a commentary of Saint Thérèse of the Child Jesus on Saint Teresa of Jesus, this article analyzes some Teresian texts that insist that Christian perfection –the true and «supreme» holiness– does not consist in the extraordinary (the «seraphic»). It also asserts that this idea is decisive not only for the exercise of spiritual life, but also for a correct theological study of the teachings of Saint Teresa, which includes the description and analysis of the extraordinary mystical phenomena.

Keywords: Saint Teresa, Holiness, Christian Perfection, Mystical Experience.

Los dos elementos que componen el título de esta reflexión están tomados, respectivamente, de la propia santa Teresa de Jesús, el segundo («suma perfección»), y de santa Teresita del Niño Jesús, hablando de su Madre y Fundadora, el primero («santidad seráfica»). Los textos en los que se encuentran estas expresiones nos servirán de inspiración principal para la idea central que queremos subrayar aquí: idea que nos parece muy clara y decisiva en el magisterio teresiano sobre la santidad y que, con su habitual lucidez, santa Teresita supo asumir y mostrar dándole toda su trascendencia; idea que aplicaremos, sobre todo, a lo que nos parece debe ser esencial en el quehacer teológico, y más todavía en la teología espiritual.

El texto de santa Teresita a que nos referimos pertenece a una de las numerosas cartas que dirigió a su hermana Celina, antes de que ella también se incorporara al Carmelo de Lisieux: «Celina, ¿crees que santa Teresa recibió más gracias que tú...? Yo no te diría que te fijaras en su santidad *seráfica*, sino que seas perfecta como tu Padre celestial es perfecto... Sí, Celina, nuestros deseos *infinitos* no son sueños ni quimeras, ya que Jesús mismo nos ha dado este mandamiento»¹.

El de santa Teresa pertenece al libro de las *Fundaciones*: «En lo que está la suma perfección, claro está que no es en regalos interiores ni en grandes arrobamientos ni visiones ni en espíritu de profecía; sino en estar nuestra voluntad tan conforme con la de Dios, que ninguna cosa entendamos que quiere, que no la queramos con toda nuestra voluntad, y tan alegremente tomemos lo sabroso como lo amargo, entendiendo que lo quiere Su Majestad»².

Y añade a continuación: «Esto parece dificultosísimo, no el hacerlo, sino este contentarnos con lo que de en todo en todo nuestra voluntad contradice conforme a nuestro natural; y así es verdad que lo es. Mas esta fuerza tiene el amor, si es perfecto, que olvidamos nuestro contento por contentar a quien amamos. Y verdaderamente es así que, aunque sean grandísimos trabajos, entendiendo contentamos a Dios, se nos hacen dulces. Y de esta manera aman, los que han llegado aquí, las persecuciones y deshonras y agravios. Esto es tan cierto y está tan sabido y llano, que no hay para qué me detener en ello».

Antes de glosar la importancia de estas afirmaciones, y de apoyarlas en otros textos teresianos, conviene hacer dos observaciones sobre la cita de san-

¹ SANTA TERESA DEL NIÑO JESÚS, *Cartas*, n. 107.

² SANTA TERESA DE JESÚS, *Fundaciones*, cap. 8, n. 10.

ta Teresita, ambas significativas para nuestra argumentación. En efecto, ella misma subraya dos palabras en el original de su carta: «seráfica» e «infinitos».

La primera, incorporada a nuestro título, es un adjetivo con el que quiere claramente referirse a los aspectos más extraordinarios de la experiencia mística teresiana. En la tradición cristiana sobre los ángeles, apoyada en diversos pasajes de la Escritura, los serafines forman el coro más elevado de los nueve que componen la jerarquía celeste, y se suelen relacionar simbólicamente con el fuego, como expresión de la mayor cercanía a Dios mismo, de la intensidad de su amor, de la altura de su sabiduría, y de la fuerza de su poder. El fuego, a su vez, es una imagen clásica para referirse a las experiencias místicas más intensas y, en el caso de santa Teresa de Jesús, nos recuerda sobre todo –y no cabe duda que santa Teresita lo tiene en su mente al usar esa expresión– su famosa transverberación, aunque la propia doctora mística hable allí de querubines (el segundo de los coros angélicos en el orden clásico), no sin su habitual dosis de ironía («los nombres no me los dicen»):

«Quiso el Señor que viese aquí algunas veces esta visión: veía un ángel cabe mí hacia el lado izquierdo, en forma corporal, lo que no suelo ver sino por maravilla; aunque muchas veces se me representan ángeles, es sin verlos, sino como la visión pasada que dije primero. En esta visión quiso el Señor le viese así: no era grande, sino pequeño, hermoso mucho, el rostro tan encendido que parecía de los ángeles muy subidos que parecen todos se abrasan. Deben ser los que llaman querubines, que los nombres no me los dicen; mas bien veo que en el cielo hay tanta diferencia de unos ángeles a otros y de otros a otros, que no lo sabría decir. Veíale en las manos un dardo de oro largo, y al fin del hierro me parecía tener un poco de fuego. Éste me parecía meter por el corazón algunas veces y que me llegaba a las entrañas. Al sacarle, me parecía las llevaba consigo, y me dejaba toda abrasada en amor grande de Dios. Era tan grande el dolor, que me hacía dar aquellos quejidos, y tan excesiva la suavidad que me pone este grandísimo dolor, que no hay desear que se quite, ni se contenta el alma con menos que Dios. No es dolor corporal sino espiritual, aunque no deja de participar el cuerpo algo, y aun harto. Es un requiebro tan suave que pasa entre el alma y Dios, que suplico yo a su bondad lo dé a gustar a quien pensare que miento»³.

³ SANTA TERESA DE JESÚS, *Vida*, cap. 29, n. 13.

Al margen de otros detalles importantes de esta experiencia, lo que nos interesa ahora es precisamente lo que santa Teresita quiere subrayar con el adjetivo «seráfica»: se trata de algo muy extraordinario, muy peculiar y personal de santa Teresa, más «angélico» que humano, y que, como otras experiencias místicas teresianas del mismo tipo («seráficas»), no pertenece al camino ordinario de la Santidad.

El otro subrayado –deseos «infinitos»– establece, por su parte, el necesario contrapunto con lo anterior: no es una exageración hablar de infinitos deseos, porque esa santidad, esa perfección a la que Dios llama a todos, es, en efecto, en esencia, «infinita», porque es la Santidad del mismo Dios («como mi Padre celestial»); el que no sea santidad «seráfica», el que no tenga elementos llamativos, no rebaja en absoluto su grandeza. Insistiremos en seguida en este punto, que está en el meollo de nuestra reflexión. Pero conviene añadir algo importante todavía sobre el mismo calificativo «infinitos».

Hay otra ocasión significativa en la que la misma santa Teresita del Niño Jesús utiliza esa palabra, y subrayada también⁴: su famosa *oración de ofrenda al amor misericordioso*: «Te ofrezco también todos los méritos de los santos (de los que están en el cielo y de los que están en la tierra), sus actos de amor y los de los santos ángeles. Y por último, te ofrezco, ¡oh santa Trinidad!, el amor y los méritos de la Santísima Virgen, mi Madre querida; a ella le confío mi ofrenda, pidiéndole que te la presente. Su divino Hijo, mi Esposo amadísimo, en los días de su vida mortal nos dijo: “Todo lo que pidáis al Padre en mi nombre, os lo concederá”. Por eso estoy segura de que escucharás mis deseos. Lo sé, Dios mío, cuanto más quieres dar, tanto más haces desear. Siento en mi corazón deseos *infinitos*, y te pido confiadamente que vengas a tomar posesión de mi alma»⁵.

Pues bien, ya en vida de la propia santa, dos censores que leyeron el texto le obligaron a cambiar «infinitos» por «inmensos», argumentando que un ser humano, finito por naturaleza, no puede tener deseos infinitos. Pero no se dieron cuenta de que ella está hablando precisamente de unos deseos que son

⁴ Conviene recordar que santa Teresita del Niño Jesús utiliza con frecuencia los recursos gráficos de los subrayados, mayúsculas (de distintos tamaños además), admiraciones simples o múltiples, etc., precisamente para destacar las palabras e ideas en las que quiere poner un énfasis especial. Un recurso, por una parte, muy femenino y muy «infantil» (coherente con su talante personal y su enseñanza teológico-espiritual), pero, por otra, realmente sugerente, expresivo y útil para captar y analizar su mensaje.

⁵ SANTA TERESA DEL NIÑO JESÚS, *Acto de ofrenda al Amor misericordioso, Oraciones*, n. 6.

divinos, que tienen su origen en el mismo Dios: queridos por Él, infundidos por Él y movidos por Él, y que, por eso mismo, sí se pueden calificar correctamente de infinitos; y esto es, además, coherente con todo el sentido de esa oración, en la que santa Teresita, con verdadera humildad y santa audacia, al mismo tiempo, se «apropia» los méritos «infinitos» de Jesucristo, de la Virgen, de los ángeles y de los santos, precisamente porque ella no considera que tenga méritos propios⁶.

No me parece que se trate de una anécdota menor. Al contrario, es significativa de la «revolución» que supuso en su momento la enseñanza de santa Teresita del Niño Jesús, y en particular de la «pobre» concepción que se tenía habitualmente en su época del afán de santidad, tanto a nivel de reflexión teológica como de su fomento y su búsqueda en la práctica; concepción que ella cambió radicalmente.

Volviendo a los textos iniciales, comprobamos, en efecto, que santa Teresita «revolucion» el concepto de santidad en su época, pero lo hace precisamente, recuperando una enseñanza clara de su propia Fundadora, y de tantos otros maestros y doctores clásicos, porque es una enseñanza que pertenece al mismo Evangelio, aunque fuera oscurecida por diversas circunstancias históricas (teológicas y vivenciales), que ahora no es el momento de recordar ni analizar⁷.

Que la enseñanza es clara en santa Teresa de Jesús, lo confirman otros textos en los que ella insiste en distinguir la verdadera santidad –que es «suma», la de Dios– de otros elementos secundarios con los que muchos la confunden:

«No está la perfección en los gustos, sino en quien ama más, y el premio lo mismo, y en quien mejor obrare con justicia y verdad»⁸. Es decir, no sólo «libera» santa Teresa la verdadera santidad de manifestaciones extraordinarias («seráficas»), sino también de manifestaciones «sensibles», que también confunden a muchas almas y a muchos «expertos» de todos los tiempos.

⁶ No está de más añadir que ahora la doctora de la Iglesia es ella, y no los «sabios» censores que le hicieron cambiar esa palabra. Me llama además la atención que la mayoría de las ediciones de sus obras sigan conservando ese cambio, y no recuperen el original, tan significativo para el fondo y la forma de su enseñanza, como sí se hace, por el contrario, y sin ir más lejos, con los *Manuscritos autobiográficos* que dieron lugar a la *Historia de un alma*.

⁷ Para más detalles sobre esa historia nos permitimos remitir a nuestra *Historia de la espiritualidad*, 2 ed. Pamplona: Eunsa, 2008, y a la bibliografía allí incluida.

⁸ SANTA TERESA DE JESÚS, *Moradas III*, cap. 2, n. 10.

En una carta a su sobrina –también carmelita descalza y con su mismo nombre–, insiste: «En lo que toca a las sequedades, pareceme que la trata ya nuestro Señor, como a quien tiene por fuerte; pues la quiere probar, para entender el amor que le tiene, si es también en las sequedades, como en los gustos. Téngalo por merced de nuestro Señor muy grande. Ninguna pena le dé, que no está en eso la perfección, sino en las virtudes»⁹.

Cita a cita, además, la santa doctora nos va desgranando los elementos esenciales de esa verdadera y suma perfección: amor («vínculo de la perfección», según san Pablo: Col 3,14), conformidad con la voluntad divina, obrar con justicia y verdad (recordemos que «justicia» y «santidad», «justo» y «santo» son sinónimos en la Sagrada Escritura), virtudes (criterio principal, precisamente, de los procesos de canonización),...

Especialmente significativas nos parecen las referencias a nuestro tema que aparecen en las *Moradas sextas*, precisamente el lugar donde santa Teresa de Jesús más desarrolla todo lo relativo a los fenómenos místicos extraordinarios. En efecto, a esa parte de su gran tratado místico, pertenecen las siguientes afirmaciones:

«Y así no hay en esto por qué aprobar ni condenar, sino mirar a las virtudes, y a quien con más mortificación y humildad y limpieza de conciencia sirviere a nuestro Señor, que ésa será la más santa»¹⁰.

«Hay muchas personas santas que jamás supieron qué cosa es recibir una de aquestas mercedes; y otras que las reciben, que no lo son»¹¹.

Sigue así santa Teresa perfilando la verdadera y suma santidad: papel destacado de la humildad entre las demás virtudes, espíritu de mortificación, y «limpieza» de conciencia: una de las acepciones originales, precisamente, del término «santidad».

En lo relativo a los fenómenos extraordinarios, el último de los textos apenas citados va más allá de lo recordado hasta ahora: pueden incluso hacer-

⁹ SANTA TERESA DE JESÚS, *Carta*, n. 45, a la hermana Teresa de Jesús, sobrina de la santa, Carmelita descalza en san José Avila. Notemos también la coincidencia de que las dos doctoras (Teresa y Teresita) aclaran este punto expresamente a familiares directas suyas (sobrina y hermana, respectivamente), deseosas de imitarlas en su camino de Santidad.

¹⁰ SANTA TERESA DE JESÚS, *Moradas VI*, cap. 8, n. 10.

¹¹ SANTA TERESA DE JESÚS, *Moradas VI*, cap. 9, n. 16.

se presentes en personas no verdaderamente santas; lo que refuerza la constatación de que no son, en sí mismos, criterios para valorar la santidad personal de quien los recibe¹².

Citemos todavía otras dos afirmaciones directas sobre el tema, siempre entre los escritos teresianos. Una cita más de las *Fundaciones*, que incluye otra distinción clave para nuestro tema: la que existe entre esos fenómenos extraordinarios que no constituyen la verdadera santidad y la «contemplación perfecta», que sí forma parte de ella:

«Pues tornando a lo que decía que me he divertido mucho son tantas las mercedes que el Señor hace en estas casas, que si hay una o dos en cada una que la lleve Dios ahora por meditación, todas las demás llegan a contemplación perfecta; algunas van tan adelante, que llegan a arrobamiento. A otras hace el Señor merced por otra suerte, junto con esto de darles revelaciones, y visiones, que claramente se entiende ser de Dios; no hay ahora casa que no haya una o dos o tres de éstas. Bien entiendo que no está en esto la santidad, ni es mi intención loarlas solamente; sino para que se entienda que no es sin propósito los avisos que quiero decir»¹³.

Finalmente, en otra carta, de forma sintética y lapidaria: «No es ese camino de cosas extraordinarias el de la más santidad»¹⁴.

Insistimos, apoyados en todos estos textos, en que la enseñanza teresiana es muy clara, y desde luego, muy importante tanto para el estudio teológico de la santidad, como para el camino de santidad personal de cada cristiano.

Más aún, mi propuesta principal en este artículo consiste en utilizar esta idea de las dos Teresas (y de muchos otros santos y maestros) como criterio científico básico –me atrevería a decir, incluso, que imprescindible para una correcta y fructífera reflexión teológica–, tanto en el estudio del concepto mismo de Santidad (clave, por lo demás, no sólo en la Teología espiritual, sino

¹² El Catecismo de la Iglesia Católica, recogiendo la enseñanza más tradicional, y saliendo al paso de polémicas y errores al respecto, afirma claramente que esos fenómenos místicos extraordinarios son signos «concedidos solamente a algunos para manifestar así el don gratuito hecho a todos» (CEC, n. 2014); es decir, signos de la santidad a la que todos estamos llamados y para cuya consecución Dios da todos los medios necesarios al que libremente responde a esa llamada, pero no necesariamente signos de la santidad del propio sujeto que los recibe; aunque en algunos santos, como en la propia santa Teresa, estén presentes tanto la verdadera santidad personal como los signos extraordinarios de ella.

¹³ SANTA TERESA DE JESÚS, *Fundaciones*, cap. 4, n. 8.

¹⁴ SANTA TERESA DE JESÚS, *Cartas*, n. 233, 9.

en toda la Teología), como en el estudio particular de la vida y enseñanza de los santos y doctores, como el caso de la propia santa Teresa de Jesús. Me explico.

Lo «seráfico», y sus equivalentes, han tenido a lo largo de los siglos y siguen poseyendo un especial atractivo en la piedad popular, y pueden llevar a confundir, en efecto, en el subconsciente de muchos cristianos, lo que es la verdadera santidad con esos signos más llamativos, asombrosos y «vistosos». De esa confusión, más o menos consciente, ha surgido y surge la tendencia a fijarse mucho más (tener más devoción, escribir más libros, filmar más películas o publicar más páginas web) en los santos y santas menos imitables, o en lo menos imitable de los santos y santas más populares; con la consiguiente dificultad para entender de verdad lo que significa la llamada universal a la santidad y la posibilidad efectiva de que cualquier cristiano sea santo; a pesar de las claras afirmaciones al respecto del Concilio Vaticano II y del magisterio reciente de la Iglesia, y de las iniciativas y esfuerzos pastorales en esa dirección, cada vez más abundantes, gracias a Dios, pero aún –a mi entender– muy insuficientes.

Efectivamente, me parece que queda mucho camino por recorrer todavía –en la enseñanza, en la predicación y en la vida misma– para contrarrestar esa arraigada tendencia a confundir «suma perfección» con perfección «seráfica», en el sentir común del pueblo cristiano y no cristiano. Añado también «no cristiano», porque es un error común simplemente a nivel cultural, literario, cinematográfico, en la web, etc.

Pero también puede pasar lo mismo –y de hecho ha sucedido y sigue sucediendo– a nivel científico, a nivel teológico: por seguir con el caso particular de santa Teresa de Jesús, el estudio de la transverberación, de los «vuelos del espíritu», etc., puede despertar y ha despertado un gran atractivo intelectual. Incluso puede parecer que la misma santa Teresa nos invita a un estudio científico minucioso de esos fenómenos, porque ella habla bastante y con detalle de todos ellos, esforzándose por encontrar las palabras adecuadas para describirlos, con clasificaciones, distinciones y explicaciones muy pensadas y trabajadas...

Sin embargo, los textos teresianos citados más arriba me parece que nos invitan, más bien, a centrar también lo científico, sobre todo y muy en primer lugar, en lo que es esencial y común a esa «suma perfección», y no en algo que claramente ella ve, no sólo como secundario, sino como innecesario para la propia santidad.

Más todavía, me parece que la santa doctora nos invita a estudiar, en todo caso, esos mismos fenómenos extraordinarios en la medida en que nos dan luces sobre lo ordinario y común en la santidad, no tanto en lo que tienen de extraordinario, raro o peculiar; y que por eso los incluye también en sus obras. Es decir, habla de ellos para que los contemplemos y analicemos como dones divinos que a ella le han ayudado a entender los misterios de la vida interior, de la santidad en sí misma, y que a nosotros nos pueden ayudar también en esa reflexión, que es la que de verdad ayudará al común de los cristianos en su vida diaria¹⁵.

Veamos algún ejemplo concreto de esta enseñanza teresiana sobre la santidad común (suma perfección) presente también en lo más extraordinario (seráfico).

Uno de los pasajes más conocidos y más extraordinarios del libro de la vida de santa Teresa es la visión del infierno. De hecho, ella misma afirma que tuvo varias visiones del destino de los condenados, pero relata ésta en particular precisamente por la doctrina más profunda y general que la visión le ayudó a comprender.

Para los amantes del «espectáculo», el inicio del relato parece muy prometedor: «callejón largo y estrecho», «horno bajo y oscuro», «lodo muy sucio», «sabandijas», «pestilencial olor»¹⁶, ..., pero muy pronto la propia autora se corrige, cambia el rumbo y abandona esa descripción de tipo «físico», utilizando una expresión muy suya: «Esto que he dicho va mal encarecido»... Empieza en ese momento un esfuerzo claro (esfuerzo intelectual, teológico, además de literario) por desentrañar lo más profundo y misterioso de la realidad del infierno, lo que principalmente piensa ella que «su Majestad» le ha querido transmitir con aquella visión, y lo que necesitamos conocer sus lectores para valorar el verdadero alcance de la misericordia divina:

«No es todo nada en comparación de lo que allí sentí, y ver que habían de ser *sin fin y sin jamás cesar*. Esto no es, pues, nada en comparación del *agonizar* del alma: un apretamiento, un ahogamiento, una aflicción tan sensible y con tan desesperado y afligido descontento, que yo no sé cómo

¹⁵ Estamos, por tanto, ante uno de esos casos de relación entre teología y vida cristiana, que tanto nos preocupa enfocar bien a los teólogos, para que la ciencia esté realmente anclada en la realidad y sea aplicable a la vida, pero que con frecuencia se queda, al final, sólo en buenas intenciones.

¹⁶ SANTA TERESA DE JESÚS, *Vida*, cap. 32, n. 1.

lo encarecer. Porque decir que es un estarse siempre arrancando el alma, es poco, porque aún parece que otro os acaba la vida; mas aquí el alma misma es la que se despedaza»¹⁷.

Parece difícil expresar mejor, efectivamente, en excelente castellano, lo más importante, lo más esencial del infierno: remordimiento, desesperación, agonía, eternidad,... La enseñanza teresiana engarza así perfectamente con lo que el Magisterio de la Iglesia y buena parte de la teología moderna destaca más al explicar esa realidad que llamamos infierno: no se trata tanto de un castigo como, más bien, de la «autoexclusión» del amor de Dios; y no es tanto un lugar como un estado; dejando al mismo tiempo claro que siempre estamos ante un misterio: «no sé cómo lo encarecer».

Éste sería un primer campo de reflexión teológica «esencial» y decisiva para todos, a la que nos invita la santa doctora; pero hay un segundo campo no menos importante, y más propiamente espiritual y aplicable al día a día de la vida cristiana. Sigamos, en efecto, leyendo el pasaje autobiográfico teresiano:

«Yo quedé tan espantada, y aún lo estoy ahora escribiéndolo, con que ha casi seis años, y es así que me parece el calor natural me falta de temor aquí adonde estoy. Y así no me acuerdo vez que tengo trabajo ni dolores, que no me parece nonada todo lo que acá se puede pasar, y así me parece en parte que nos quejamos sin propósito»¹⁸.

Quiero subrayar que, a mi entender, no se trata sólo de una «moraleja», sino que la santa nos ofrece aquí una luz poderosa para el estudio de uno de los grandes retos de la teología contemporánea: el sentido del dolor y del sufrimiento, tan mal comprendido y tan mal aceptado por buena parte de nuestra sociedad materialista y hedonista. Desde luego, la Cruz de Cristo, de la que también habla mucho y profundamente santa Teresa de Jesús, es el enfoque principal para afrontar cristianamente este tema; pero el misterio de la Cruz es inseparable del misterio del pecado y, por tanto, de sus consecuencias, entre las que destaca de forma particular el infierno. Ahí radica, me parece, la mayor trascendencia teológica de este concreto pasaje teresiano.

¹⁷ *Ibíd.*, n. 2.

¹⁸ *Ibíd.*, n. 4.

Por eso, ella misma concluye su relato añadiendo: «Y así torno a decir que fue una de las mayores mercedes que el Señor me ha hecho, porque me ha aprovechado muy mucho, así para perder el miedo a las tribulaciones y contradicciones de esta vida, como para esforzarme a padecerlas y dar gracias al Señor que me libró, a lo que ahora me parece, de males tan perpetuos y terribles»¹⁹.

Desde luego, hay todavía otros temas importantes incluidos aquí, y muy queridos para la santa doctora, como el de la misericordia divina. Pero no se trata ahora de desarrollar estas interesantísimas cuestiones teológicas, sino de mostrar el talante teológico que me parece más coherente y adecuado a los escritos mismos de la santa.

Para abundar y precisar un poco más la tesis principal de este artículo, vayamos ahora a lo que me parece el pasaje clave y cumbre de la amplia producción teresiana; aunque sea difícil hacer una afirmación de este porte sobre los escritos de alguien con una enseñanza tan rica, tan profunda y tan decisiva para la vida cristiana. Me refiero a las *séptimas moradas*; con la intención de destacar en ellas, precisamente, el contraste con las *sextas*, a las que ya hemos aludido como el lugar teresiano principal si queremos analizar lo extraordinario, lo «seráfico»; las *séptimas*, por el contrario, son su intento más acabado, siempre dentro del misterio, de explicar en qué consiste esa «suma perfección» a la que todos estamos llamados, y que no tiene lo «seráfico» como elemento esencial ni característico.

Subrayemos ante todo que hablamos realmente de «suma» perfección: santa Teresa no ahorra calificativos ni expresiones contundentes para mostrar esa grandeza de la perfección cristiana, desde el arranque mismo de las *séptimas moradas*:

«Pareceros ha, hermanas, que está dicho tanto en este camino espiritual, que no es posible quedar nada por decir. Harto desatino sería pensar esto; pues la grandeza de Dios no tiene término, tampoco le tendrán sus obras. ¿Quién acabará de contar sus misericordias y grandezas? Es imposible, y así no os espantéis de lo que está dicho y se dijere, porque es una cifra de lo que hay que contar de Dios»²⁰.

¹⁹ *Ibid.*

²⁰ SANTA TERESA DE JESÚS, *Moradas VII*, cap. 1, n. 1. Pasaje, por lo demás, paradigmático de la maestría teresiana: maestría teológica (razonamiento claro, profundo e incuestionable: «pues la grandeza de Dios no tiene término, tampoco le tendrán sus obras») y maestría literaria (imagen gráfica y luminosa, en su sencillez: «una cifra de lo que hay que contar de Dios»).

Es santidad «suma», en efecto, pero no «seráfica», como muestra su misma insistencia en que «aquí es de otra manera»²¹, al compararlo con lo descrito en las moradas sextas.

Para no alargarnos ni complicar demasiado el razonamiento, fijémonos en un aspecto concreto de los incluidos en esas páginas, aunque decisivo en la enseñanza teresiana: la distinción entre visión sensible o imaginaria, y lo que la santa llama «visión intelectual».

Las primeras (visiones sensibles e imaginarias) corresponderían a lo seráfico, a lo extraordinario, a lo no esencial ni necesario en el camino de la santidad; por eso, en particular, desaparecen en las *séptimas moradas*, y desaparecieron en la experiencia personal de la propia santa Teresa de Jesús, aproximadamente los últimos diez años de su vida.

La «visión intelectual», en cambio, es un elemento esencial de la contemplación, de la mística y, por tanto, de la santidad, de toda santidad, aunque se puede dar de formas muy diversas, como no deja de explicar nuestra misma doctora. Recordemos el pasaje central en que aparece esa distinción y que expresa además lo más esencial de la experiencia contemplativa:

«Metida en aquella morada, por visión intelectual, por cierta manera de representación de la verdad, se le muestra la Santísima Trinidad, todas tres Personas, con una inflamación que primero viene a su espíritu a manera de una nube de grandísima claridad, y estas Personas distintas, y por una noticia admirable que se da al alma, entiende con grandísima verdad ser todas tres Personas una sustancia y un poder y un saber y un solo Dios; de manera que lo que tenemos por fe, allí lo entiende el alma, podemos decir, por vista, aunque no es vista con los ojos del cuerpo ni del alma, porque no es visión imaginaria. Aquí se le comunican todas tres Personas, y la hablan, y la dan a entender aquellas palabras que dice el Evangelio que dijo el Señor: que vendría Él y el Padre y el Espíritu Santo a morar con el alma que le ama y guarda sus mandamientos»²².

La riqueza de este pasaje es enorme y no podemos ahora analizar todo su contenido. Sólo quiero destacar, de acuerdo con el objetivo central de esta reflexión, cómo, a través de ese concepto de «visión intelectual», lo que consigue santa Teresa es, precisamente, apartarnos de lo superficial y centrar nues-

²¹ *Ibíd.*, n. 6.

²² *Ibíd.*

tra atención en lo esencial; que es, por lo demás, lo genuinamente cristiano, lo evangélico (a lo que, al final, llegamos siempre; y los santos en particular, nos llevan siempre): lo central es la Unidad y la Trinidad de Dios, y la estrecha e íntima relación que Dios mismo establece con el alma santa, morando en su interior.

Precisamente para abundar en esta idea, santa Teresa de Jesús repite que esta unión con Dios tiene lugar en lo «muy muy interior»²³, en el «centro muy interior del alma»²⁴. Sin entrar ahora tampoco en toda la riqueza de la enseñanza mística clásica sobre ese «centro del alma», recordemos que los místicos quieren designar con esa expresión y otras similares, no sólo lo más profundo, sino también lo más esencial del ser humano, lo más personal y, por lo mismo, también lo más abarcante; y sobre todo, lo más divino: donde mora el mismo Dios y sólo Él; donde tiene lugar, por tanto, el encuentro más personal e íntimo entre el hombre y la Trinidad.

Resultan también luminosos, en esta misma línea de razonamiento, los últimos capítulos de las moradas séptimas, en los que santa Teresa enumera y describe lo que llama «efectos» de la oración contemplativa, que vienen a ser una certera y completa descripción de una persona santa²⁵: «olvido de sí»; «un desasimiento grande de todo»; «deseo de padecer grande» (aunque aclarando que «todo lo que Su Majestad hace tienen por bueno: si quisiere que padezca, enhorabuena; si no, no se mata como solía»); «gran gozo interior cuando son perseguidas, con mucha más paz que lo que queda dicho, y sin ninguna enemistad con los que las hacen mal o desean hacer»; el famoso y tan importante «Marta y María van juntas», con la consiguiente insistencia en que la oración contemplativa se traduzca en obras; etc.

O algo muy interesante, para los que sólo recuerdan el famoso «muero porque no muero»: «ahora es tan grande el deseo que tienen de servirle y que por ellas sea alabado, y de aprovechar algún alma si pudiesen, que no sólo no desean morir, mas vivir muy muchos años padeciendo grandísimos trabajos, por si pudiesen que fuese el Señor alabado por ellos, aunque fuese en cosa muy poca»²⁶. Es decir, poner el acento en el «muero porque no muero» al estudiar y presentar a santa Teresa de Jesús sería otro error de confusión entre santi-

²³ SANTA TERESA DE JESÚS, *Moradas VII*, cap. 1, n. 7.

²⁴ SANTA TERESA DE JESÚS, *Moradas VII*, cap. 2, n. 3.

²⁵ Cfr. SANTA TERESA DE JESÚS, *Moradas VII*, caps. 3 y 4.

²⁶ SANTA TERESA DE JESÚS, *Moradas VII*, cap. 3, n. 4.

dad seráfica y verdadera santidad, otra mala comprensión de su pensamiento y su experiencia.

Finalmente, en la línea de mostrar que esa perfección es «suma», pero asequible, resulta siempre muy consolador para nosotros recordar lo que dice santa Teresa sobre el pecado, en momentos de la vida mística que parecen tan alejados de él²⁷:

«Tampoco os pase por pensamiento que por tener estas almas tan grandes deseos y determinación de no hacer una imperfección por cosa de la tierra, dejan de hacer muchas, y aun pecados (...) También se le dan las almas que ven que se pierden; y aunque en alguna manera tienen gran esperanza que no serán de ellas, cuando se acuerdan de algunos que dice la Escritura que parecía eran favorecidos del Señor, como un Salomón, que tanto comunicó con Su Majestad, no pueden dejar de temer, como tengo dicho; y la que se viere de vosotras con mayor seguridad en sí, ésa tema más, porque bienaventurado el varón que teme a Dios, dice David. Su Majestad nos ampare siempre; suplicárselo para que no le ofendamos es la mayor seguridad que podemos tener. Sea por siempre alabado, amén»²⁸.

En definitiva, la propia santa Teresa de Jesús nos ofrece la conclusión de estas reflexiones, precisamente en las palabras finales de estas moradas, y casi podríamos decir de todo el conjunto de sus obras:

«En fin, hermanas mías, con lo que concluyo es, que no hagamos torres sin fundamento, que el Señor no mira tanto la grandeza de las obras como el amor con que se hacen; y como hagamos lo que pudiéremos, hará Su Majestad que vayamos pudiendo cada día más y más, como no nos cansemos luego, sino que lo poco que dura esta vida –y quizá será más poco de lo que cada una piensa–; interior y exteriormente ofrezcamos al Señor el sacrificio que pudiéremos, que Su Majestad le juntará con el que hizo en la cruz por nosotras al Padre, para que tenga el valor que nuestra voluntad hubiere merecido, aunque sean pequeñas las obras»²⁹.

²⁷ Recuérdese que así lo interpretaron, erróneamente, entre otros, los quietistas del siglo XVII: considerar al alma mística impecable o casi impecable.

²⁸ SANTA TERESA DE JESÚS, *Moradas VII*, cap. 4, n. 3.

²⁹ SANTA TERESA DE JESÚS, *Moradas VII*, cap. 4, n. 18.

Permítasenos otra conclusión personal, o más bien aplicación actualizada de la misma doctrina teresiana: siguiendo la enseñanza de san Josemaría Escrivá de Balaguer, fundador de esta universidad e impulsor de nuestra facultad de teología, si toda actividad humana, por pequeña e intrascendente que sea, puede ser santa y santificante, no por nuestro poder sino por el de Dios, está claro que cualquier trabajo teológico bien hecho, por amor de Dios, santifica, independientemente de la trascendencia científica de ese trabajo.

En particular, se podría aplicar esto a un estudio detenido de la «santidad seráfica» teresiana, con minuciosos análisis de todo tipo de visiones, éxtasis y vuelos del espíritu. Pero, por una parte, parece que la misma santa (y no sólo ella) nos invita más a ir en otra dirección en nuestra reflexión: a dedicarnos más –mucho más– a lo esencial y a lo que realmente puede ayudar a cualquier cristiano en su camino de santidad; e incluso a aprovechar esos otros aspectos «seráficos» en lo que ayudan a comprender e ilustrar lo esencial.

Por otra parte, si con razón preocupa tanto a la teología moderna estar mucho más «pegada al terreno», salir más al paso de los problemas y necesidades de la Iglesia y del mundo actual, contribuir más eficazmente a la evangelización de las personas, de la cultura, del mundo,... Si ésas deberían ser nuestras principales aspiraciones como teólogos y profesores, centrar mucho más nuestro trabajo intelectual en estos elementos esenciales de la santidad y la vida espiritual cristiana no sólo me parece mucho más productivo, sino también más «científico», más «teológico», de acuerdo con el verdadero objeto y fin de nuestra ciencia teológica, y con mayor razón de esa parte de la teología que llamamos «espiritual»: teología de la santidad, teología mística; de la que santa Teresa de Jesús es maestra de primerísimo nivel.

Bibliografía

- SANTA TERESA DE JESÚS, *Obras Completas*, Burgos: Monte Carmelo, 2015.
- SANTA TERESA DEL NIÑO JESÚS, *Obras Completas*, Burgos: Monte Carmelo, 1996.
- SESÉ, J., *Historia de la espiritualidad*, 2 ed. Pamplona: Eunsa, 2008.